

Una Amoña Renteriana

Puri Gutiérrez

Voy a contaros la historia de una amoña renteriana. Porque su vida es la de muchas amoñas queridas o recordadas. Mujeres sencillas pero llenas de coraje y corazón, que supieron afrontar difíciles situaciones para llevar adelante una familia que, por lo general, en aquellos tiempos era numerosa.

Su nombre, Josefa. Apenas cumplidos sus veinte años se había casado con Gonzalo, un campesino riojano como ella. Pero la tierra de sus padres, si hubiera de repartirse entre todos los hijos hubiera sido tan poca cosa que tuvieron que emigrar a Guipúzcoa, país vecino y hermano.

En Rentería, llamada entonces "El segundo Manchester" por su numerosa y variada industria, comenzó Gonzalo a trabajar en "La Esmaltería Guipuzcoana", donde se fabricaban pucheros y cazuelas, platos, tazas, cacillos... de metal esmaltado; y precisamente en una de las más duras labores, atender a las jaulas de madera en las que las piezas eran bañadas en un ácido.

Cada sábado, cuando él llevaba a casa su jornal - que no llegaba a diez duros, según el recuerdo un tanto difuso de Josefa - ella retiraba uno o dos para ir comprando los elementos más imprescindibles para el hogar.

¿Sabéis cuál fue nuestro primer sofá? - suele contar ella. *Fue una escalera. Habíamos alquilado una casa pequeñita pero dividida en dos plantas. Hasta que fui comprando algunos muebles, aquellas escaleras me servían para sentarme y "enfajar" a mi primera hija* ("enfajar", palabra olvidada, en el sentido de envolver a



los bebés en múltiples ropajes sujetos con una estrecha faja de metro y medio de largo que los dejaba más tiesos que un huso).

Pronto aquella vivienda comenzó a llenarse de niños. Cada uno o dos años al principio, algo más espaciados después, llegaron hasta ocho. Cuando la familia comenzó a crecer, el jornal se quedó pequeño. Pero esta valiente mujer estaba acostumbrada a "sacar la peseta" a fuerza de laboriosidad, cogía pupilos, vendía patatas de La Rioja entre vecinos y conocidos. Las empresas de Rentería ofrecían pequeños trabajos a destajo que las familias podían realizar en su casa. Aunque suponía muchas horas de dedicación y pocos beneficios económicos, era algo posible de realizar entre mamada y mamada del pequeño o el lavado a mano de sus pañales (que no eran desechables como ahora y suponían un trabajo ímprobo). Josefa, como otras mujeres renterianas, traía de la fábrica de don

Jesús María Echeverría y de su hijo don Timoteo, toallas de lino para ir entrelazando sus flecos nudo a nudo, manualmente.

Detrás de la pequeña casita había un patio en el que el matrimonio criaba gallinas y palomas, e incluso una vez hasta criaron un cerdo, con el fin de ahorrar algunas - pocas - pesetas. Josefa llevaba a vender a la plaza los huevos morenitos que sus gallinas ponían y compraba para el consumo propio los llamados "huevos de caja", que eran blancos, de importación, menos sabrosos, menos valorados...; pero más baratos.

Su íntimo sentido comercial se ponía en evidencia en ocasiones como aquella víspera de fiesta que compró un conejo vivo,

como entonces los vendían las casheras, y mientras acababa de hacer la compra de manzanas en otro puesto oyó comentar que se habían acabado todos los conejos. Por lo visto, ésa era la razón que el animalillo que llevaba en su cesta de mimbre, con las patas atadas pero las orejitas tiesas, se llevaba las miradas de las etxeko-andres. Hasta que una preguntó: *¿Cuánto vale?*. Un duro había pagado Josefa. *"Seis pesetas"*, se encontró respondiendo casi sin pensarlo. *"Me lo llevo"*, respondió la otra señora. El plato especial en aquella ocasión festiva en casa de Josefa fueron las patatas rebozadas en salsa. Tan ricas las ponía que sabían a merluza. Pero ella estaba contenta porque había ganado una peseta en la transacción y era así como, poco a poco, salían adelante con dignidad.

Recuerda todavía esta mujer una de aquellas terribles riadas que anegaron nuestra Villa por los años treinta. La fábrica de don Timoteo y su tienda, que daban a la Alameda, se inundaron totalmente. Entre informes montones de barro se confundían piezas de tejido, sábanas, mantelerías, toallas, etc... Antes de que toda aquella producción se pudriera entre el barro, procedieron a su venta a precios tirados. Y las renterianas - según cuenta Josefa - rebuscaban ante aquel espectáculo desolador, en busca de las piezas de hilo, más apreciado - como es natural - que el algodón.

Cuando Josefa se casó, su exiguo ajuar no contaba con una mantelería completa, y allí anduvo ella también buscando entre el barro, empeñada en reunir doce servilletas a juego con el mantel. Cuando a fuerza de múltiples lavados logró devolver a la mantelería su primitivo color - amarillo con azules flores bordadas - comprobó también que ésta no era de hilo, como creyera ilusionada, y siempre desde entonces la designó, con humor, de "junto al hilo".

Suele recordar también que por entonces en Rentería se vendían dos periódicos, "La Constancia", de orientación monárquica, y "El Día", partidario del nacionalismo vasco. En cuanto a la prensa de izquierdas, entre la que recuerda una publicación titulada "El Frailazo", estaba su venta ambulante a cargo de un hombre ciego apellidado Redondo, que también vendía la publicación infantil T.B.O.

Tenía Redondo una peculiar manera de vocear su mercancía: *"T.B.O.... Te veo... venir... República... el rey... tiene... que volar"*.

Vino la República y también la guerra. Tiempos de dolor. Humos aventados no se sabe por quién, empujando a unos hermanos contra otros. Inocentes que pierden la vida. Familias de tumbo en tumbo por tierras ajenas.

Gonzalo, apolítico y pacifista, que no deseaba enrolarse en ningún ejército, se recluyó en casa, en la casa donde vivían en el barrio de Morronguilleta, una casa de seis vecinos cuya convivencia era excelente.

En el piso superior vivía un joven que, desgraciadamente, moriría durante la contienda. Este joven era miliciano. Un día se acercó en la calle a Josefa y le dijo: *"¡Váyase pronto a casa pues aquella mujer que va por allí acaba de decirme que la detenga que es usted una espía!"*.

Para tener una idea del talante de Josefa, puedo decir que años después, cuando las aguas volvieron a correr mansas, aquella mujer que un día hiciera tan infundada denuncia y que pudo haber traído graves consecuencias, fue cliente de la pequeña mer-

cería montada por Josefa, y solía llevar género para irlo pagando poco a poco cuando podía. Jamás tuvo para ella una queja ni un comentario, y nunca dijo a nadie lo sucedido, excepto a su familia.

La idea de abrir una tienda se la dio otro de los trabajos que realizaba por las noches, después de atender a los siete hijos que le vivían. Y llevar una casa en aquel tiempo no era como hoy. Las cocinas eran de leña y carbón, había que traer el combustible, encender y alimentar la cocina y luego limpiarla, así como los recipientes usados para cocinar, cuyo fondo se llenaba de humo. La compra había que hacerla cada día, puesto que no existían los frigoríficos, y también había que cocinar diariamente, ya que de lo contrario todo se podía estropear. La ropa se lavaba a mano, poniéndola a remojo en unos baldes muy grandes y frotándola con las manos. No existían las fibras y el algodón se rompía, no se podía comprar ropa nueva y había que remendar calcetines, sábanas, calzoncillos, etc...

Y todavía, por la noche, Josefa remataba a punto y medio talones, puños y punteras de calcetines confeccionados a máquina en los Talleres de Adela Huguet. Miles de puntadas había que dar hasta terminar los veinticuatro calcetines que hacían la docena de pares por la que pagaban 3,50 pesetas.

"¿Cómo se gana más, rematando o vendiendo calcetines", preguntó Josefa. Y Adela dijo: *"Vendiéndolos"*.

Peseta a peseta, Josefa había ahorrado cuatro mil, y con este capital se atrevió a abrir aquella pequeña mercería. A los primeros almacenes que fue, en sus primeros pedidos, agotó todo el capital y tuvo que completar las estanterías con cajas que estaban vacías.

Esta valiente mujer se movía para encontrar género, por entonces escaso, madrugando para ir a las ferias de Villafranca y Tolosa. Junto a otras renterianas que tenían puestos de alimentación en la plaza, ella iba a por cortes de bata y algo de género confeccionado. De los almacenes de San Sebastián e Irún traía el género con cuentagotas y en cuanto lo vendía iba a por más. Suele relatar, con orgullo, que pronto comenzó a recibir ofertas de género a crédito, sin más garantía que la que inspiraba su presencia de persona responsable y honrada.

Sin embargo, ¡cuántos apuros cuando estaba a punto de vencer la letra y no se había vendido suficiente!. Devolver una letra era la mayor vergüenza, y dejar de pagar una deuda algo inconcebible.



Mujer inteligente y de recursos, que cuando puso la tienda no sabía multiplicar. Y que jamás aprendió a dividir, aunque sería más exacto decir que nadie le enseñó, ya que también es cierto que los cálculos precisos para poner precio a un par de medias o los que debía realizar cuando vendía unos centímetros de cinta, aunque los hiciera de memoria siempre resultaban correctos aunque no se sabe cómo lo hacía.

Aunque nunca estudiara matemáticas, aunque no tuviera idea ni siquiera de que existiera una carrera de comercio, la intuición, la ética y la eficacia comercial le eran connaturales.

No permitía a sus hijos que estuvieran en la tienda de brazos cruzados. Había que estar en acción. *"Si no tienes nada que hacer voy a tirar al suelo una caja de botones"* -decía.

Tampoco consentía que al marchar un cliente - por lo general era una señora, pues a ellos no les gustaba ir de tiendas - se hiciera el más mínimo comentario. *"Si alguno lo escucha, creerá que también él pueda ser objeto de comentarios"*.

Si algún género salía defectuoso, lo retiraba de inmediato aunque tuviera que perder todo su valor. *"Engañar al cliente - decía - es engañarse a sí mismo. Es perderle para siempre"*.

El tiempo que estuvo al frente de la mercería, entre los años cuarenta y los ochenta, Josefa era muy popular en Rentería; pero no sólo por estar de cara al público, sino más bien por su actuación como persona.

Ahora que tiene ochenta y seis años, y lleva más de un lustro inválida en una silla de ruedas, a mí que soy una de sus hijas, al tiempo que una de sus admiradoras, aún me sorprende la gente por la calle contándome entrañables anécdotas.

"¡Qué buenos consejos me daba tu madre!" - me dice una mujer que tuvo problemas en su juventud.

"Recuerdo cuando estubo enfermo mi marido, y tuvo que dejar de trabajar, y venia tu madre a verle y siempre me encontraba algo debajo de la almohada..." - me explica otra.

Otra me cuenta: *"Mi madre se estaba muriendo y yo estaba sola. Tu madre me ayudó, me acompañó, me consoló..."*.

"Tenia a mi hijo enfermo - me relata otra - y Josefa me trajo una merluza. Luego supe que se la había regalado un pescador, y que privó a sus hijos de ella por ayudarme a mí que entonces estaba en apuros".

Amiga de muchas etxeoandres de caserío, entendiéndose perfectamente con ellas, sin embargo no aprendió a hablar en euskera; pero hoy se la ve orgullosa de que sus nietas sean andeños en la ikastola, o cuando otro de sus nietos consigue el primer premio de cuentos en euskera.

Quienes ven ahora a esta mujer inválida, dolida porque ya sus manos no sostienen el ganchillo para poder seguir tejiendo mantas (que fue su última ocupación), tal vez puedan pensar que Josefa ha cambiado. Alguna pequeña fuga de su memoria quizá

le impele a cometer pequeñas indiscreciones de las que no acusa consciencia, ella que siempre fue tan prudente y discreta. Pese a ello, Josefa es feliz al ver su numerosa familia: Veintiún nietos y ocho biznietos. Sigue con el deseo de servir siempre a los demás. Ahora que necesita de todos, a nadie pide nada. Nunca se queja, siempre está contenta.

"Yo sé que doy trabajo - suele decir - pero no quiero dar guerra".

Pido disculpas por haber hablado de mi madre. No pude contar, esta vez, con la persona prevista para mi colaboración en Oarso y el tiempo, apremiándome, me impulsó a ello. Creo que ha valido la pena. En este breve repaso a la vida de una amoña renteriana, estoy segura que muchas personas habrán reconocido a su propia madre o abuela. Eran aquellas mujeres de ayer valientes y generosas, producto de una estricta educación, algunas de sus actitudes puedan parecernos hoy rígidas y anticuadas. Sin embargo, su fidelidad al respeto de los valores humanos - hoy que falta hasta el respeto por uno mismo - bien merece pararse un momento a recordarlas y admirarlas.



Aunque no tan terribles como las riadas de los años treinta, después de abrirse la "Mercería" también sufrimos los renterianos otras "fugas" del río Oyarzun, como la que se ve en esta foto.
